

Amasada con oro, con sudor y con sangre, con rosas y espinas, ella encarna todo el poema del sentimiento y de la mente; lleva en su oro sagrado, el fulgor que ilumina las tinieblas; en su sangre, mies de redenciones; en su sudor, riego de perseverancia; en sus espinas, dolor de sacrificio y en sus rosas perfumes de pasión.

Ungida con los más altos dones, el roce de veinte siglos no ha podido deslustrarla; resplandece al través de las evoluciones, en la luz y en la sombra, en la vida y en la muerte, en las albas gloriosas y en la noche de los desamparados...

Porque lleva en su forma la eficacia de una armonía superior, porque si una mancha la empaña, una gota de sangre justa la purifica; si un golpe la profana, un homenaje digno la ennoblece; porque siendo sólida e invariable en su bondad perfecta, es dúctil como el corazón humano; suave para el propio corazón humano, y bajo cualquier nombre, y bajo cualquier prisma, regirá original y eternamente a la conciencia universal.

Así es la corona de Jesús; así está sobre su frente; ofreciéndose a todas las cabezas; accesible para todas las manos; brillando para todas las pupilas, como una estrella inmortal de sabiduría y de esperanza.

Por eso, con la humildad de mis miserias, pero con la confianza de un grande amor, yo digo: —Jesús, Rey del mundo; Rey del cielo; Rey de los piélagos y los astros; —Jesús, Rey del Universo; — en pasado, en presente y en futuro; ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos”.